

poco podía recurrir al femenino alivio de las lágrimas: no sabía llorar...

Una noche en que la luna refulge con plenitud, Acibella huye impetuosamente del castillo con tan sólo una túnica desceñida, los pies descalzos y el cabello desbordándose sobre los hombros. Fuera de sí, se encamina hacia el Ésera en búsqueda de... Rabasón. El bosque está sumido en un profundo silencio. Ningún murmullo escapa de los arbustos, el aire húmedo se posa mudo sobre las ramas, que callan. Las estrellas también se unen al concierto silente... Acibella abre la boca para llamar al enano. Pero la lengua se le niega. Un vaho azulado emerge por las secas comisuras de los labios y se cristaliza en el rostro de la fugitiva que prosigue su desesperada huida.

Seis noches y seis días arrancados por el sol, la vieron errar sin dormir, sin comer, por montes y valles dirigiendo sus pasos allí donde les conducía la alcahueta Doña Casualidad. Poco a poco, ante sus ojos el paisaje perdió tristeza, y hete aquí que, en la lontananza, el fulgor de un pequeño lago entrevisto a través de pinos y serbales la atrajo hasta su orilla. En el vagar somontano, sonámbula, Acibella se había adentrado en el corazón del valle de Estós. Orillando los prados que bordean el río, remontaba laderas hasta el ibonet de Batisielles. En arroyos cercanos, el agua jugueteaba entre murmullos dulces, rabasones. Con la bendición de las fuentes,

crecía la hierba y competían las flores pizpiretas en un edén trágico. Abatida de cansancio y desalentada por el sopor sudoroso, Acibella buscó refugio en los umbríos pinares que rodean Batisielles. El majestuoso cobertizo de sombra la acunó, y se quedó dormida...

Al amanecer, la despertó el caracoleo de una yegua que retozaba, ¿bailaba?, sobre la hierba, y acercándose al ibón, resoplaba tan fuerte que la superficie del agua se erizó. Al descubrir a la desaliñada Acibella, la juguetona yegua se transfiguró en huidiza encantaria, que aparecía y desaparecía entre los acebos dejándose acariciar por el rocío.



Al abrigo de las ramas, la etérea moradora de las aguas pirenaicas observa a la intrusa. Sus pestañas brillan, hilos de luz entre los que voltean inquietas las inquisidoras pupilas con las que suele encandilar a los extraños. Pero Acibella no parece alterarse por su presencia. Eso atrae aún más a la encantaria que, observando el desamparo de la condesa, le pregunta:

—¿Qué amargo secreto te corroe? ¿Quién te obliga a vagar desnuda por estos valles?

Acibella se ve juguete de una pesadilla. No puede sino imaginar que sólo en sueños, aquella hada, mujer in-

